



PENÍNSULA ODISEAS

# Amador Guallar En la tierra de Caín

Viaje al corazón  
de las tinieblas de Afganistán

# En la tierra de Caín

## Amador Guallar

Viaje al corazón de las tinieblas de Afganistán

*ediciones península*

© Amador Guallar Pérez, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición: junio de 2019

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

PAPYRO - fotocomposición  
DEPÓSITO LEGAL: B. 9.049-2019  
ISBN: 978-84-9942-828-4

## ÍNDICE

Nota del autor	13
Introducción	15

PRIMERA PARTE  
MIRA QUE TE MIRA DIOS  
2008-2010

1. El diablo vive en Shohada-i-Salehin	31
2. Afganistán en una habitación	55
3. Perdido en el desierto con los <i>cowboys</i> de Pensilvania	79
4. A Charles le han cortado la cabeza	109
5. El camino hacia el no cielo	119
6. El instante de la muerte	132
7. Por un puñado de burkas	150
8. ¿Compensa ser un ángel de la guarda?	161
9. Solo en la Ciudad de los Gritos	176

SEGUNDA PARTE  
MIRA QUE TE ESTÁ MIRANDO  
2011-2013

10. Ante el mal, una pastilla de Amina	203
11. La autopista de la muerte	220

12. De espía talibán a signo del dólar	239
13. La Achura de mi suerte	254
14. Dieciocho horas de combates en Abdul Haq	263
15. El río de los <i>jinn</i>	273
16. Jura antes de ir al matadero	282
17. La delgada línea roja	290

TERCERA PARTE  
MIRA QUE VAS A MORIR  
2015-2016

18. Cuando la tierra mata todos somos insectos	305
19. Cuando el bien significa colaborar con el enemigo	321
20. ¿Dónde está el futuro que nos prometieron?	328
21. Los fareros de Dasht-e-Barchi	337
22. La noche más triste	345
23. Kabul era una fiesta	354
24. La diáspora de Behrooz	363
25. Tengo el corazón congelado	369

CUARTA PARTE  
MIRA QUE NO SABES CUÁNDO  
2017-2018

26. El muyahidín de las flores	381
27. Comprando una niña esposa en Kabul	394
28. Una cuestión de suerte, nada más	412
29. <i>Zu Asche, zu Staub</i> (a las cenizas, al polvo)	423

## EL DIABLO VIVE EN SHOHADA-I-SALEHIN

Fortaleza de Bala Hissar, Kabul

*Marzo de 2008*

Mi primer día como kabulí acaba en un cementerio.

Estoy sentado en la parte de atrás de un todoterreno negro con los cristales tintados junto a dos afganos a los que casi acabo de conocer. El vehículo traquetea por una carretera de piedras a las afueras de la capital de Afganistán. No llevo en el país ni veinticuatro horas y ya me he saltado las dos primeras recomendaciones que me han escrito desde la embajada española: «No te vayas con extraños y no salgas de la ciudad sin planearlo bien. Kabul es seguro, el resto, no», indicaba el email.

Observo con sigilo a mis acompañantes. Parecen tranquilos. Intento ocultar los nervios, pero no puedo parar de morderme las uñas. La ruta que estamos haciendo es improvisada, un parche para no dar el día por perdido. Miro por la ventanilla y afuera parece como si nos estuviésemos dirigiendo hacia el lado oscuro de la luna. Pero en vez de cráteres, tumbas.

Nuestro objetivo es una colina al sur de Kabul. Un lugar extraño, anterior a la historia, que parece parte de la montaña de

Takhat-i-Shah, justo enfrente de nosotros. Pero no lo es. El territorio en el que nos adentramos pertenece a lo bíblico, a los capítulos del Antiguo Testamento oscurecidos por el tiempo: el cementerio de Shohada-i-Salehin.

Hasta donde alcanza la vista solo se ven tumbas. La mayoría son simples montículos con una piedra sin nombre que, probablemente, lleva siglos bajo la imponente mirada de la pared casi vertical del Takhat-i-Shah, que se alza tres mil metros por encima de nuestras cabezas. La traducción viene a ser algo así como ‘el trono de los reyes’. Y no es para menos.

Las crónicas de Ratbil Shahan, uno de los monarcas budistas que dominaron el valle de Kabul hace cientos de años, cuentan que, unos quinientos metros más arriba, estuvo una vez el palacio de Zamburak Shah. Un lugar digno del paraíso, según lo describieron los poetas musulmanes sufíes, cuya grandeza también empezó en este país. Gracias a ellos nos han llegado las crónicas de los reyes de la Antigüedad afgana, que peregrinaron hasta este cementerio cuando el lugar era uno de los centros budistas más importantes de la Antigüedad.

Sin embargo, los pastunes, etnia mayoritaria en Afganistán, tienen una visión completamente diferente del asunto. La mayoría de sus leyendas sobre este cementerio y escenario de decenas de batallas cuentan que es una tierra maldita en la que, enterrada en un lugar desconocido, se esconde la chispa que engendró el mal entre los hombres. Ahí es nada.

Una leyenda tan cierta como lo es la del hombre del saco en España, pero que le viene como anillo al dedo a la semimontaña artificial en la que se ha convertido el camposanto, hecha con los restos de millones de personas y decenas de templos cuyos nombres se han perdido para siempre. Migajas históricas de las civilizaciones persas, hindúes, budistas, griegas, mongolas, entre muchas otras, que florecieron aquí y ahora forman parte de la grava por la que conducimos hacia lo alto del cementerio, que ha

estado abierto a los pies de la montaña durante más de mil años. Tiempo más que suficiente para ganarse su reputación diabólica.

Apenas acabo de llegar a Kabul, por lo que no he dudado en aceptar la oferta, espontánea, del copiloto y autoproclamado jefe de seguridad de esta pequeña expedición. Una invitación que ha hecho momentos después de que firmase un contrato como periodista y fotógrafo para Round Group —la misma compañía que emplea a mis dos acompañantes—, una productora afgana de contenidos audiovisuales de dudosa reputación, que trabaja tanto para el ejército de Estados Unidos como para las Naciones Unidas.

Seis meses de contrato. El peaje de entrada para establecerme como reportero en el país. O eso espero.

La visita al cementerio no estaba programada. Los planes se han torcido, como pronto aprenderé que es el pan de cada día en este país. Por eso improvisamos. En principio, la idea era visitar la fortaleza de Bala Hissar, la cual ha guardado la entrada a Shohada-i-Salehin durante siglos, que está situada sobre una atalaya de roca natural en la que, más de una vez, se ha decidido el futuro de Afganistán. De ahí es de donde partieron, derrotados en dos ocasiones, los casacas rojas del Imperio británico, cuando los ingleses que ocupaban estos lares todavía soñaban con la reina Victoria. Una visita fundamental para entender la historia de Kabul. Pero no lo hemos conseguido.

Al llegar a la entrada, siguiendo la única carretera que lleva hasta la fortaleza, nos hemos dado de bruces con un control militar que cortaba el acceso. Un sargento malhumorado ha salido de una garita de madera pintada de verde para darnos el alto, empuñando un viejo rifle de asalto AK-47 con la culata astillada. Enseguida me he fijado en que tenía el dedo acariciando el gatillo.

He sentido miedo. Más aún al ver que, a su espalda y detrás de un muro hecho con sacos de arena, un ametrallador estaba siguiendo todos nuestros movimientos, lentamente, a través de la mirilla de una ametralladora PKM de fabricación rusa.



«Aparta la mirada», he pensado.

Entonces mis ojos han advertido y seguido una valla metálica coronada de arbustos de alambre de espino: un muro que sale de ambos lados de la garita y se pierde a derecha e izquierda hasta la fortaleza. Lo que me ha dejado con la boca abierta han sido los tres tanques rusos modelo T-55 convertidos en un amasijo de hierros. Reliquias del horror vivido durante el conflicto contra la Unión Soviética, o de la guerra civil, colocados entre la garita y los milenarios muros de Bala Hissar.

Observando esas casi perfectas máquinas de matar, todas dispuestas mirando hacia la carretera —más como aviso que como medida disuasoria—, no he podido evitar pensar en que, probablemente, del interior de esos revoltijos de metal nunca salieron con vida un puñado de soldados rusos o milicianos muyahidines. Cada vehículo y tanque destrozado en Kabul, y están por todas partes, es la tumba de alguien.

Por otro lado, en ese momento también me he dado cuenta de que Sultán Haididi, el guía improvisado y autoproclamado escolta sentado en el asiento del copiloto, en realidad no tiene ni la más remota idea de lo que está haciendo.

—No se puede pasar, esto es una base militar —ha indicado el sargento, tenso, todavía con cara de pocos amigos.

—¿Ni para ver las ruinas? —ha insistido Sultán, bajando la ventanilla del coche y preguntando en inglés, para hacer constar que es un afgano con invitados extranjeros y así darse un aire.

Pastún de Kabul, su familia emigró a Estados Unidos cuando era un niño. Ahora tiene cuarenta y dos años y una exmujer mexicana «que me chupa la sangre», según dice. Con ella comparte la custodia de una pequeña de cinco años a la que dice adorar. Mi princesa afgana, la llama. «Por ella estoy aquí», explica, sin recordar que tan solo un rato antes aseguraba que volvió a casa tras el 11-S para defender a su pueblo. Cosa que, de ser cierta, le llevó su tiempo, porque aterrizó en el país en 2007, más de seis

años después del atentado contra las Torres Gemelas. A Sultán le gusta hablar. Y, sin duda, es una leyenda en su propia mente.

—No, la carretera está cerrada. Da la vuelta —ha respondido el sargento, indicando con la mano que retrocedamos.

—De acuerdo, ya nos vamos —ha contestado Sultán mientras el hombre al volante, Khalid Ahmad, resoplaba, y a través del espejo retrovisor, he visto cómo entornaba los ojos mientras retrocedíamos para dar la vuelta.

He intentado ocultar mi decepción sacando un par de fotos de los pastores que venden ganado en un pequeño mercado situado a los pies de los muros de la fortaleza, que se alzan hasta más de veinte metros. Pero los afganos pintorescos no han sido suficientes. Bala Hissar siempre ha sido clave para defender y controlar Kabul, motivo más que suficiente por el que la OTAN y el ejército afgano la han ocupado, pero me he llevado un buen chasco.

Al estar sobre una atalaya natural de piedra, el valor estratégico real de Bala Hissar siempre ha sido que es cojonuda para tener a la capital constantemente en el punto de mira. Durante milenios a tiro de piedra, lanza o flecha, pero tras la llegada de la pólvora desde China a través de la Ruta de la Seda, a tiro de bala, mortero, cohete, misil artesanal o granada propulsada. Desde esta fortaleza, en 1998, los matones del señor de la guerra Gulbuddin Hekmatiar devastaron la ciudad a base de cohetes artesanales que causaron miles de víctimas. Un crimen de guerra por el que nunca ha respondido.

Tanto los hombres del Hek en su día como ahora los soldados comandados por el presidente afgano, Hamid Karzai, y sus aliados extranjeros no están haciendo nada nuevo. Antes que ellos, la fortaleza estuvo en manos de las civilizaciones de los Kusanas (75 d. C.), los Sasánidas (225 d. C.), los heftalitas o hunos blancos (450 d. C.) y los Safáridas (870 d. C.), entre muchos otros. Estos últimos fueron los primeros gobernantes árabes que, tras conquistar Kabul, hicieron lo mismo que los cristianos en Jerusalén

durante la primera cruzada. Sangre, fuego y espada. Sin hacer prisioneros.

Aunque eso no fue nada comparado con lo que pasó cuando llegaron las hordas mongolas de Gengis Khan (1219 d. C.), las cuales construyeron gran parte del castillo y de un inmenso muro en las montañas que, todavía hoy, se alza dos mil doscientos metros por encima de la capital y que parte la ciudad en dos. El primer muro de ese tipo del que se tiene constancia se construyó tras una pelea entre dos de los muchos hijos del conquistador mongol. Todo esto sucedió casi un milenio antes de las vergüenzas que fueron el muro del gueto de Varsovia, o, más recientemente, el que separa Israel de Gaza. La historia de Afganistán es un prólogo interminable de lo que somos ahora.

—Es una pena —dice Sultán, girando la cabeza—, juraría que hace tan solo unos meses se podía visitar.

—Creo que hace años que está ocupada por los soldados —apostilla Khalid con una voz suave, educada, como si le estuviese hablando a uno de sus hijos.

Sultán calla.

—¿Quieres ver dónde está enterrado el diablo? —exclama de repente, mirándome fijamente con una sonrisilla irreverente.

El copiloto es uno de los miles de afganos criados en California donde, en los años noventa, se afincaron muchos de los que escaparon del régimen de los talibanes. Hoy cuenta con la mayor comunidad de expatriados afganos de Estados Unidos. Como muchos otros, Sultán ha vuelto al país de sus padres para hacer fortuna y reclamar su herencia, tanto cultural como monetaria. Él es uno de los afganos con pasaporte extranjero en los que Washington ha decidido confiar y para los que ha abierto el grifo de los Benjamin Franklin, como llama el copiloto a los billetes de cien dólares por la efigie del presidente que figura en ellos. Lo hace de una manera que parece que hable de billetes del Monopoly.

Sin embargo, para muchos de los que se quedaron, los hijos de los que huyeron se han convertido en un mal necesario que intercede entre ambos mundos, siempre por un precio. En Kabul, el negocio de la guerra sale a relucir sin complejos. Quizás ese es el motivo por el que la Casa Blanca cree que una cascada monetaria ganará este conflicto. Un viejo error del que parecen no poder escapar desde la victoria contra los nazis y el imperio del Japón. El dinero os hará libres, esa es la táctica que creyeron que les funcionaría en Saigón y así les fue. Afganistán es el Vietnam del siglo XXI, pero sin *hippies* y buena música, solo adictos a los videojuegos y a salvar el mundo.

Sultán luce una perilla de mafioso de tres al cuarto que intenta imitar el estilo del rapero Tupac Shakur. Lleva gafas de sol negras Louis Vuitton y un traje del mismo color, rematado en una camisa roja abotonada hasta el cuello. Al ser el autoproclamado jefe de seguridad, va armado. De camino a Bala Hissar no ha tardado mucho en enseñarnos, sonriente como un niño con un juguete nuevo, su pistola Glock 17.

Hay algo en Sultán que me incomoda, tanto que hasta su sonrisa me huele a chamusquina. Pero tendré que acostumbrarme. Él será uno de mis compañeros de trabajo en Round Group. Asesor cultural, según se puede leer en su tarjeta de visita.

—¡El diablo! ¡Por supuesto! —respondo con cierta ironía, pero con una sonrisa lo más auténtica posible.

—Hay que rodear el lago de Hashmat Khan para llegar hasta allí. El camino es precioso pero tortuoso. Entre los muertos —indica, reincorporándose en el asiento, intentando que su voz suene tenebrosa. Khalid sonrío.

Conducimos colina arriba hasta que cruzamos un suburbio convertido en aldea. Allí viven los sepultureros, los constructores de lápidas, artesanos y demás herreros de la muerte. Todos ellos están trabajando y acaban exponiendo su mercancía fuera del establecimiento, no sé si como reclamo o como advertencia, pero

esta da más miedo que los tanques destrozados. Entre las casas hay tumbas y varias tiendas de comestibles, con las verduras y carnes a centímetros de las lápidas que ya estaban ahí antes de que las edificasen. Al cruzarlas, todos los que nos ven nos observan con una curiosidad inquisitiva que hace que se me encoja el estómago.

La extensión del cementerio de Shohada-i-Salehin quita el aliento. La entrada oficial está al final de la pequeña aldea siguiendo un camino de cabras cuesta arriba por el que conducimos lentamente y que pasa entre cientos de miles de tumbas dispuestas en terrenos escalonados. El coche se resiente entre las dunas irregulares y los montículos escarpados provocados por las lluvias. Extrañamente, el lugar no desprende una atmósfera tétrica. El resplandor de la luz reflejada del lago de Hashmat Khan, a menos de un kilómetro, le da un aspecto sobrenatural, en calma, intensamente bello.

«Oh, Kabul, la ciudad más bonita rodeada por un manto de montañas áridas, donde hasta la rosa está celosa de sus espinas», escribió el poeta persa del siglo xvii Sa'ib-i-Tabrizi en su inolvidable oda a la ciudad redactada en veintidós versos y titulada, simplemente, *Kabul*, y que se puede encontrar en cualquier antología que se precie de los mejores poetas persas. Y lo hizo pensando en este cementerio que el tiempo ha transformado de paraíso en infierno. Porque, hace más de dos mil años, este camposanto fue un Shangri-La budista con templos de ensueño, en cuyas ruinas se han encontrado algunas de las formas más exquisitas de arte budista. Todo lo que ahora es tierra seca y polvorienta antes era verde bajo un cielo limpio. Pero entonces llegó la civilización y con ella las disputas entre los hombres, que le acabaron dando el nombre por el que se le conoce hoy, Shohada-i-Salehin, cuyo significado, 'los mártires píos', no requiere más explicación.

Resulta descorazonador darse cuenta de cómo el mundo ha olvidado que este fue uno de los centros de peregrinación religiosa más importantes de la Antigüedad centroasiática. Un complejo

de templos contruidos hace miles de años, como los que todavía existen en las cumbres del Himalaya, y que, en algunos casos, anteceden a la creación de la propia Kabul, también recubierta por un halo de folclore y misterio.

Existen muchas leyendas sobre el origen de la ciudad. Desgraciadamente, casi todas tienen que ver con algún tipo de pelea o mal que comenzó en este camposanto. Parece que el estigma sobre esta tierra viene de lejos, algo que los occidentales seguimos perpetuando mientras olvidamos que, en casa, vivimos salvadas como la guerra de los Cien Años. En lo que respecta a esto, los prejuicios y juicios mejor guardarlos en el bolsillo.

Alexander Burnes, el historiador, aventurero y espía inglés que a finales del siglo XIX fue linchado hasta la muerte en los arrabales de la fortaleza de Bala Hissar, escribió en su libro *Ca-bool: A Personal Narrative of a Journey to, and Residence in that City, in the Years 1836, 7, and 8* (Kabul: relato personal de un viaje a esa ciudad y de la residencia allí en los años 1836, 1837 y 1838), que la ciudad fue creada por dos de los hijos de Noé, pasado el asunto del arca. Se llamaban Cakool y Habool. «Al fundar la ciudad, los dos hermanos se pelearon por cómo debían llamarla», escribe. Tras la bíblica riña familiar, los retoños del constructor de barcos que sobrevivió al diluvio universal llegaron a un compromiso y decidieron utilizar una sílaba de cada nombre: Ca-Bool.

Pero esta historia no es el mal descrito en el Antiguo Testamento del que advierten las leyendas pastunes ni tampoco la única que cuenta el origen de la capital afgana, en la que arqueólogos franceses e ingleses han encontrado restos humanos de hace más de treinta mil años. Sin ir más lejos, en Bala Hissar, hasta se han hallado herramientas de piedra del Neolítico, aunque los primeros pobladores de los que se tienen noticias fueron hindúes que llegaron al lugar hace más de tres mil años con los textos sagrados del Rigveda y el Avesta bajo el brazo. Para ellos, esta tierra solo era una parte del río Kubha, como la llamaron aquellos habitantes an-

cestrales de los que tan poco sabemos. Luego, mucho más tarde, llegaron los ejércitos persas de Darío I el Grande (500 a. C.) y del rey griego Alejandro Magno (327 a. C.), cuyo amigo, el general Ptolomeo, fundador de la última dinastía egipcia, pasó por este lugar y escribió sobre las antiguas gentes y tribus del río Kophen y vivió en una antigua ciudad llamada Kabura. Hace más de dos mil años que los europeos y extranjeros se pasean por estas tierras pensando: «Diablos, qué viejo es Kabul».

El cementerio de Shohada-i-Salehin es un testimonio indiscutible de que Afganistán es una tierra tan antigua que se escapa de los márgenes de la historia oficial, donde han nacido y muerto varias religiones, incluida la raíz del monoteísmo judeocristiano y el zoroastrismo, cuyo profeta Zaratustra, tan bien descrito por el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, nació y murió en la provincia de Balkh, al norte del país. El mismo lugar que fue parada y fonda del imperio móvil de Sikander, que es como aquí llaman al general y autoproclamado dios macedonio que se casó con Roxana, su esposa afgana, en esa provincia.

Por otro lado, es curioso como, al igual que sucede con los terrenos sagrados en Europa o Oriente Medio, Shohada-i-Salehin también es testimonio de cómo las religiones se sustituyen las unas a las otras, pero nunca desestiman el valor inmobiliario de los últimos propietarios. ¿Para qué cambiar la localización de un lugar con éxito? Que se lo pregunten a las marcas de ropa *low cost* o a los restaurantes de comida rápida. Ellos también conocen el secreto de la religiosidad: localización, localización y localización.

Tras unos diez minutos sorteando surcos y agujeros provocados por las lluvias torrenciales, el Toyota Corolla 4x4 recorre el último tramo de carretera que conduce hasta la cima. La carretera se va agrandando y, poco a poco, muestra la magnificencia del mausoleo de Tamim Ansar Wali, el más sagrado de Kabul y que, durante la salvajada que fue la guerra civil, en los años noventa, se respetó parcialmente, cosa que no es moco de pavo.

La mezquita de Tamim, como se la conoce comúnmente, es una maravilla arquitectónica con más de un milenio a las espaldas y un estilo propio que mezcla la tradición árabe con la grecobactriana. Está construida sobre varios arroyos naturales a los que llaman *shams*. Agua pura, supuestamente sagrada, que viene de las montañas. El gancho que han utilizado todos los cultos que han pasado por este lugar. El truco del agua bendita es tan antiguo como el primer cura que estaba sediento y se encontró una fuente. Los dos minaretes situados a ambos lados, dorados y con la media luna islámica en la punta, resplandecen al sol de media tarde.

Los últimos metros hasta el templo son cómodos, conduciendo sobre una pequeña vía asfaltada. Al llegar al final, Khalid aparca cerca de un muro sobre el que hay una tumba con una gran lápida protegida por una valla oxidada. De las puntas de los barrotes torcidos cuelgan varias banderas verdes, negras y rojas que ondean al viento. Miro hacia arriba y el resplandor hace que las cumbres que rodean el cementerio parezcan gigantescas cuchillas afiladas. Entonces caigo en la cuenta del auténtico secreto del lugar: la geografía. Porque, en realidad, la mezquita solo es un punto en la colina; el valle es el verdadero templo.

Ya fuera del coche y con los pies en el suelo, una sensación reconstituyente me recorre todo el cuerpo. Pisar Kabul es vivir Kabul.

Veo a Sultán en el interior del vehículo sacándose la pistola del costado del cinturón. Lo hace con un movimiento rápido pero torpe. La esconde debajo del asiento y mira alrededor, llamando la atención a más no poder. Llevar un arma en Kabul es una idiotez. Además de levantar demasiadas suspicacias, en esta ciudad una pistola es un imán para los problemas, incluso para los tipos que poseen una licencia como la que tiene el copiloto, aprobada por el Directorado Nacional de Seguridad, la agencia de espías del Gobierno afgano.

Si el arma hiciera al hombre, Sultán sería una escopeta de balines. Algo para matar pájaros y roedores. Pero no lo hace, así



que alguien le ha dado un permiso para empuñar una sofisticada herramienta de muerte como es la Glock 17.

Cuando se baja del coche se le nota incómodo. Se sube los pantalones de una manera ridícula y se palpa el costado, mucho más ligero que de costumbre. Necesita su pistola, ahí reside su valor.

Sultán no es peligroso, pero su estupidez tiene toda la pinta de que sí lo es porque apesta a sueño americano rápido: ganar el mayor dinero posible a costa de quien sea y antes de que el Tío Sam cierre el grifo. Un contratista militar cuyo trabajo es comercializar el conflicto. Sigo a Khalid.

—Vale la pena, créeme, es un sitio especial y muy sagrado. Aunque no creo que te dejen entrar en la mezquita, no eres musulmán. Si quieres, déjame la cámara y saco un par de fotos —se ofrece el californiano mientras recorremos los últimos metros a pie hasta la entrada—. Sé cómo manejar cualquier cámara —añade.

Su oferta es altruista, pero la declino. Hoy en día la cámara es un objeto de lujo del que no puedo prescindir. Sin cámara no hay paga. Y a este viejo cacharro le queda poca vida.

—Como quieras —responde mientras acelera el paso para ponerse delante de mí y de Khalid—. Vamos, hombre, el diablo te espera —añade, encorvando la espalda y restregándose las manos.

Khalid menea la cabeza, pero permanece en silencio. Además de conductor, también es uno de los productores ejecutivos de la compañía que me ha contratado. Padre de dos hijos, nacido, criado y superviviente de Kabul durante cuarenta y tres años. Me recuerda a los afganos descritos por el periodista francés Joseph Kessel. Tiene una nariz grande y majestuosa, como en las pinturas persas; ojos oscuros y una mirada profunda; pelo negro, frondoso, y la tez morena. Un pastún de pies a cabeza.

—¿No te lo crees? Hazme caso. Mis padres nacieron cerca de aquí y me contaron que en lo alto de esta colina está enterrado el diablo. No es la primera vez que vengo.

—¿Y qué pone en su lápida? —bromeo.

—No hay tumba, por supuesto —contesta.

—¿Y cómo sabes que está enterrado?

Nos detenemos. Sultán me mira de arriba abajo. Sonrío y me devuelve la sonrisa. Hay que darle bola porque, al fin y al cabo, está aquí para que no nos pase nada. Por otro lado, al igual que la ratonera de la que ha salido en la Baja California, aquí el honor es la medida del hombre y eso nos puede venir bien si pintan bastos.

—Por el emperador Barbour —responde, lanzando el nombre seguro de su respuesta. A mí me suena como el de la marca inglesa de chaquetas, pero callo—. Fue uno de los grandes conquistadores afganos. Llegó hasta la India —añade, empezando a darse cuenta de que quizás ha errado el tiro. Pero no está lejos.

—Babur —corrige Khalid—. La conquistó, es cierto. Pero vino de Samarcanda, en Uzbekistán. Luego se estableció en Kabul, donde fundó su propia dinastía.

—Gracias, Khalid. Es mi acento —se excusa Sultán.

Los últimos metros de carretera asfaltada están flanqueados por mendigos profesionales. Una docena de hombres con amputaciones terribles, veteranos de las guerras que han azotado al país durante más de tres décadas. Profesionales porque han hecho de su desgracia un oficio.

Están sentados sobre varios colchones dispuestos a ras de suelo en atriles hechos de madera, junto a una radio, el plato para las limosnas y algo de comida. Algunos incluso gozan de un techo de madera adornado con telas de colores y fotografías de los señores de la guerra a los que sirvieron. Por supuesto, no faltan las imágenes de La Meca y demás motivos religiosos. Todos exigen limosna, por lo que aceleramos el paso. Tras ellos, la carretera muere con las primeras baldosas de mármol blanco.

El asfalto que acabamos de pisar era áspero, mundano. El mármol está tan pulido que hasta las botas de montaña se deslizan. Un buen truco sensorial. El paso de la tierra al cielo. No sé qué pinta tiene este, pero el hecho de que Shohada-i-Salehin

admite tanto a chiíes como a suníes, los cuales rezan juntos, es un paso en esa dirección. Afganistán es uno de los países donde la violenta rivalidad entre las dos corrientes principales del islam se vive a flor de piel y se traduce en masacres. Esa es la gasolina que hace que este conflicto siga ardiendo siete años después.

—Hemos llegado —anuncia Sultán—, habrá que preguntar al mulá si puedes entrar y hacer fotos. ¿Khalid? —añade, mirándole.

—Sí, yo me ocupo —responde al instante.

Cruzamos un largo pasillo al aire libre y ascendemos por una veintena de escalones de mármol importado de Nangarhar, resguardados por dos muros que nos llegan a la cintura. Encima crecen rosales y varios árboles centenarios cuyas ramas entrelazadas hacen de techo. Además, una serie de fanales blancos encendidos iluminan el camino. Un diseño pensando en el paraíso, hasta que la realidad vuelve a darte otra bofetada. Sobre las escaleras también hay mendigos, la otra cara de la moneda de los veteranos que están en la carretera de la entrada.

Cinco mujeres ataviadas con el tradicional burka azul, todas sentadas y acurrucadas en el suelo, nos miran desde detrás de los visores con rejilla a través de los que se intuyen dos ojos curiosos. Extienden la mano repitiendo *míster, míster, un dólar, un dólar*, con una tristeza insondable pero ensayada. Teatro de supervivencia.

Al finalizar los escalones uno de los guardias del templo nos detiene. Khalid habla con él durante unos minutos indicando que solo somos turistas. Nos identificamos. Examina mi pasaporte y se divierte con los dibujos de animales que hay en el documento, algo que nunca he entendido porque la mayoría son fauna que no existe en España, como el oso polar o el ornitorrinco. A saber de quién fue la idea en el Gobierno.

Mientras Khalid habla casi en susurros con el guardia observo la maravilla arquitectónica que es esta mezquita. Los azulejos y la escritura árabe refinada son una obra de arte. Me fijo en que alre-

dedor hay otros templos en ruinas y, en el centro del jardín, una fuente que me recuerda a las de la Alhambra de Granada. A mucha menor escala, eso sí. Pero sin duda una gran entrada hacia los siguientes escalones que llevan a la puerta ornamentada del templo.

—Podemos caminar alrededor y hacer alguna foto, pero no puedes entrar en la mezquita. Una vez dentro quizás te dejen ver el interior desde la puerta.

El veredicto del guardián.

—Gracias, Khalid.

—Lo siento. El guardia no permite más...

—No te disculpes, lo entiendo —interrumpo.

Entramos en silencio, escuchando el cauce del agua de la fuente, que se ha convertido en música reverberando por todas partes. El agua es cristalina. Para los miles de fieles que acuden aquí, milagrosa. Aunque el verdadero milagro sería que gran parte de la población de la capital tuviese acceso a agua potable. La polución y las enfermedades que provoca la suciedad matan a más gente que la guerra. Casi tres mil cada año solo en Kabul, según la Organización Mundial de la Salud.

En la fuente hay que subir otros diez escalones para llegar hasta la puerta de la mezquita. El ascenso metafórico hacia el cielo, que continúa una vez arriba, donde están los últimos escalones por los que se accede al interior del templo. Como en todo ascenso celestial, no podía faltar un dragón que intentase aguar la fiesta. Aquí vive en una caseta metálica de un metro por un metro, sobre cuatro pies que la alzan del suelo unos quince centímetros. Un buzón gigante en cuyo interior hay un hombre con las piernas casi en la posición de loto debido al poco espacio. Un guiño inconsciente a los monjes budistas que una vez camparon por aquí.

La gran puerta de madera del templo es un ejemplo de la mejor artesanía afgana, decorada con cenefas y motivos geométricos. Está abierta de par en par y flanqueada por dos columnas dóricas con sendos capiteles dorados, que resplandecen gracias a las luces

del techo cubierto por cristales en forma de rombo. Hay fauna y flora por todas partes. Rosas, tulipanes, arbustos con moras negras y rojas listas para su consumo y dos grandes pinos que no parecen de la región.

Cuando me dispongo a subir, el dragón sale de su jaula alzando los brazos y con una agilidad sorprendente. Nos vuelven a cerrar el paso, y este no es un guardia cualquiera. El dragón es un zelote. Un talibán, que no terrorista. Porque talibán, en realidad, significa estudiante del Corán. Lo del terrorismo vino muchos siglos después. Viste el tradicional *shalwar kameez* afgano y huele como un gimnasio escolar a las cinco de la tarde.

—¡No se puede, no está permitido! —repite dos o tres veces en dari, alarmado. Los pocos visitantes en el interior se nos quedan mirando.

Khalid, a mi vera, sale al rescate. Le pone la mano en el hombro, suavemente, para llevárselo a un lado, mientras el dragón no me quita el ojo de encima. Al cabo de unos segundos Khalid se gira y sonrío.

—Lo mismo. Puedes mirar un rato y sacar fotografías. Pero sin entrar.

—Muchas gracias —respondo, extendiendo ambas manos al zelote. Me las coge y parece satisfecho. Pero sigue sin quitarme ojo.

El interior de la mezquita está construido alrededor de lo que parece un gran baño de aspecto grecobactriano, con columnas y guirnaldas de piedra. Varios candelabros iluminan la sala decorada con versos del libro sagrado de los musulmanes, en blanco sobre un fondo azul. Lo único que desentona es un reloj de oficina barato colgado en la pared frente a la entrada. Medir el tiempo es algo fundamental para una religión en la que hay que rezar cinco veces al día. El problema no es la fealdad del aparato en sí, sino que marca las 11.23 de la mañana, por lo que ni siquiera le han cambiado las pilas.

Dentro del baño reposan dos grandes ataúdes de mármol. Uno de ellos se supone que contiene los huesos del hombre que trajo el islam a Afganistán hacia el año 624 d. C. Se llamaba Tamim y su mayor logro fue conocer al profeta Mahoma en persona. Llegó a estas tierras con un ejército de soldados cuando el islam estaba en su infancia. Su objetivo: sustituir la religión de los paganos hindúes y budistas que durante más de tres mil años habían sido los señores del valle. Hubo en tiempo en el que el islam también fue un invasor en esta tierra y Tamim fue su primer mártir.

Pereció masacrado en esta misma montaña con todos sus hombres. Según Hsüan-Tsang, cronista y viajero chino del siglo VII que, de haber nacido en este, podría haber trabajado para *The New York Times*, en el año 624 d. C., «la nueva religión nacida en Arabia y llegada a través de Siria y Persia entró al país, no sin encontrar muchos obstáculos, y luchó continuamente contra un terreno austero, duro y protegido por tribus obstinadas en defender cada desierto y montaña», escribe en la obra cumbre de la literatura china *Viaje al Oeste*. Tribus con reyes hinduistas y budistas cuyos ancestros vinieron de la India y el Tíbet, como la dinastía Turki Shahi o el monarca Ratbil Shaha, de ascendencia turca e hinduista, que se enfrentó a los musulmanes en el valle de Kabul y cuya resistencia y posterior exterminio han sido completamente olvidados. En palabras del principal historiador afgano del siglo XI, Al Biruni: «La civilización de los Hindu Shahiya se ha extinguido. De su casa —refiriéndose a los templos que son ahora parte de la grava que conduce a la mezquita— no queda ni la más pequeña prueba de su existencia. Debemos admitir que su grandeza fue que nunca cesaron en su ardiente deseo por defender lo que consideraban bueno y justo», escribe el historiador encomiando a los padres de los afganos, en su obra sobre la historia de la región: *The Remaining Signs of Past Centuries* (Cronología de las naciones antiguas).

En aquella ocasión, como sucede ahora con la llegada de la democracia, el islam se vendió como una transición natural y acep-

tada por todos los afganos. Pero, en realidad, los hombres del Profeta tuvieron que luchar en valles perdidos durante más de cuatrocientos años. Kabul no fue totalmente conquistada por el emir Sebuktingin, de la dinastía de los Gaznávidas, hasta el año 977 d. C.

Hasta la llegada del islam y como ciudad clave de la Ruta de la Seda, Kabul se había convertido en algo así como la versión afgana de Sodoma y Gomorra, un lugar en el que el trueque y el comercio se anteponían a las diferencias culturales, en el que los hombres y las mujeres yacían los unos con los otros, herencia griega, supongo. Convivencia de religiones, hombres y mujeres que pensaban, inventaban y, por supuesto, forjaban fortunas sirviendo a dioses paganos. Esos bárbaros entrañables.

El islam tardó trescientos cincuenta y tres años en destruir y enterrar a este Deadwood y Las Vegas de la Ruta de la Seda. Sin embargo, hoy por hoy, la Unión Europea, la OTAN, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y las ONG, Estados Unidos, sus aliados, el Gobierno afgano, los países amigos y enemigos que bordean sus fronteras, como la India, China, Pakistán o Irán, creen que pueden cambiar las mentalidades militares y tribales en cuestión de años. Los mundos no se cambian en los despachos y los planes a diez años vista de la ONU hace casi diez que son un fracaso. Pero el gasto sigue adelante.

La comunidad internacional ha dilapidado miles de millones que han llegado a su destino como lo hace un meteorito entrando en la atmósfera de la Tierra: desgranándose. Departamento tras departamento, político tras oficial militar hasta que, cuando por fin impacta en el suelo, lo que antes era un mastodonte espacial ahora es poco más que una roca. Calderilla, en términos monetarios. Insuficiente para ocuparse de lo prometido en la Constitución afgana de 2004 en materia de seguridad, infraestructuras, sanidad, educación, creación de empleo, igualdad, paridad o libertad religiosa y de pensamiento.

¿Adónde ha ido a parar el dinero? Que se lo pregunten a Dubái, que no ha parado de crecer desde que empezó la guerra y es el principal puente aéreo que conecta Afganistán con el resto del mundo.

Después de observar el interior del templo durante unos minutos, sintiendo los ojos del zelote en la nuca en todo momento, me doy la vuelta y me doy cuenta de que el jardín es la verdadera joya del lugar. Está hecho a base de claustros derruidos y tumbas de mártires, mulás, aristócratas y princesas. Una estampa bucólica como salida de una novela de J. R. R. Tolkien. Además, por allí no pululan los cancerberos de la mezquita que increpan a los que no respetan la etiqueta.

Dentro de los claustros hay tumbas centenarias. Hace decenios que no se entierra en el interior, no porque no haya sitio, sino porque aquí los agujeros sacan fácilmente a la luz los siempre incómodos iconos paganos. Cientos de ellos, según la experta historiadora y antropóloga estadounidense Nancy Dupree, que ha vivido en el país durante décadas y es una institución en Kabul. Símbolos de religiones que nunca existieron, según la retórica histórico-religiosa de un país que no parece dar muestras de respeto hacia su propia historia anterior al islam.

Debajo de este claustro están las tumbas y las ruinas de los templos del mundo budista de los Kusanas y los Sasánidas, que existieron hace más de mil quinientos años. Un paraíso por descubrir para la arqueología. Cerca de aquí se han encontrado algunas de las estatuas de Buda más antiguas del mundo; otro hecho desconocido por el gran público. El drama de la arqueología afgana es un tema que se merecería un libro entero.

Me fijo en un claustro dentro de una gran torre hecha con ladrillos de barro y que se cae a pedazos. En el interior hay dos tumbas de las que no quedan ni las lápidas. Es la torre del rey Amanullah Khan, donde una vez reposaron los huesos de las princesas afganas hermanas de este monarca, que reinó entre 1919 y 1929. Se vestía como los aristócratas europeos, soñaba con el ferrocarril, el



cine, la explotación nacional de los grandes recursos en beneficio de la modernidad, la ingeniería y la educación para los hombres y las mujeres. Un rey moderno, aunque suene a contradicción, que no consiguió sacar a Afganistán del tribalismo y tuvo que abdicar y huir a la India para salvar el pellejo tras el levantamiento popular organizado por el siguiente rey, Habibullah Kalakani, al que el conocido poeta afgano Khalilullah Khalili describió como *mujahid* (guerrero de Dios). El primer muyahidín de la historia moderna de Afganistán. Por cierto, murió asesinado.

Bajo las escaleras y cruzo el patio, presidido por la fuente ornamentada, todavía cautivado por el sonido del agua. Para entrar en la torre hay que atravesar otro jardín en el que hay varias lápidas con los nombres erosionados y mucha escritura árabe irrecognocible. Cinco o seis están semienterradas, como si estuviesen naufragando a cámara lenta. La torre está en un promontorio que se alza sobre el cementerio y desde el que se ve parte de la fortaleza de Bala Hissar. Desde aquí se siente más que en ningún sitio el inmenso abrazo de las montañas que rodean Kabul y que parecen querer alzarse hasta la luna, que ya ha hecho acto de presencia.

Me apoyo en una cornisa. Siento una armonía interior que se intensifica con el silencio absoluto que reina alrededor. Incluso el viento parece silbar con tacto y respeto. No se oye el fluir nirvánico del agua de la fuente, solo silencio. Es extraña la calma que uno experimenta en este lugar, teniendo en cuenta que si los fantasmas fuesen reales, aquí necesitarían cinco o seis rascacielos como el Empire State Building para encontrar alojamiento.

Khalid me ha contado que la torre siempre ha sido un lugar de paz, a pesar de que las paredes quemadas y agujereadas por cientos de disparos de bala cuentan una historia muy diferente. A estas, la guerra y el tiempo no las ha respetado como a la mezquita.

También se cree que la torre del rey Amanullah Khan y el templo de Tamim fueron construidos sobre un complejo de templos hindúes del período de Ratbil Shaha, pero los arqueólogos no

tienen manera de saberlo con seguridad porque está prohibido excavar. De todas formas, la torre es una prueba irrefutable de que las religiones van y vienen, pero la fe en ciertos lugares permanece. Espacios religiosos que son un eterno imán para los fieles, que pronto olvidan que este, por ejemplo, fue el escenario de más de una masacre bélica. Aunque se puede decir lo mismo de muchos lugares en Kabul y en el resto de Afganistán. O de Europa, África, las Américas o el resto de Asia y Oriente Medio. El diablo vive en todas partes.

Apoyo el hombro en una de las columnas con varias inscripciones en árabe desfiguradas por el tiempo mientras contemplo cómo, poco a poco, Kabul se va iluminando como si un millón de luciérnagas se hubiesen puesto de acuerdo. La tarde noche está cayendo rápidamente sobre el cielo de la capital, que empieza a oscurecerse con un color parecido al de la sangre arterial.

—¿Amateur? —A mi espalda, la voz de Sultán rompe la magia del momento. El californiano entra por la pequeña puerta del claustro en ruinas—. Deberíamos ir pensando en volver a la *guest-house* antes de que anochezca. Esta no es una buena zona por la noche —dice, metiéndose una mano en el bolsillo para sacar un paquete de Marlboro rojo y palpándose el costado disimuladamente. Me ofrece uno y lo acepto, y saco un mechero de mi bolsillo y le ofrezco fuego. El labio inferior, el único visible bajo la perilla, le tiembla levemente.

Vuelvo a apoyar el hombro en la columna y fumo lentamente, embelesado con una ciudad más antigua que todas las de Occidente juntas.

—No, en serio, hay que irse antes de que caiga el sol. Este lugar me pone los pelos de punta. Nadie debería sonreír en un cementerio y menos en este —dice al verme contemplar mi nueva casa con una sonrisa.

Esta es una aventura que quizás me sobrepasa. Pero es mejor que estar en Barcelona sentado en el sofá con el cerebro en modo

*bold*, esperando a que suene el teléfono para producir un artículo o unas fotografías por las que solo me pagarán migajas. Al menos aquí la calderilla vale la pena.

—Es una ciudad preciosa —respondo, saboreando la última calada del cigarrillo.

—Sí, es cierto. ¿Nos vamos? —añade, aclarándose la voz a la vez que lanza la colilla por uno de los ventanales de piedra que van a dar al cementerio. Dudo en hacer lo mismo, pero apago el cigarro en la roca y me guardo el filtro en el bolsillo. En ese momento Khalid entra por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja, como si el lugar lo llenase de una felicidad honesta, que no religiosa.

—Pero todavía no me has contado lo del diablo...

Sultán se dispone a hablar e incluso abre la boca, pero Khalid lo ataja de repente y sin remilgos.

—Es solo una leyenda. A los afganos les encanta el drama. Es cierto que en el Baburnama —las memorias del emperador Babur, todavía hoy publicadas en Occidente como un texto de literatura clásica—, el rey relata cómo visitó la tumba de Caín en este mismo lugar.

—¿La tumba de Caín estaba aquí? —pregunto boquiabierto.

He ahí el secreto bíblico de Shohada-i-Salehin, donde las leyendas pastunes aseguran que fue enterrado el primer asesino de la historia, según los creyentes en el Antiguo Testamento. Caín, hijo de Adán, el padre de los hombres, años después de matar a su hermano emprendería un peregrinaje que terminaría en Kabul, donde se estableció y murió tras dejar descendencia. Dos hijos. Un músico y un poeta, según otra de las leyendas pastunes.

—Sí, pero mira, a no más de cuatrocientos metros de aquí hay una mezquita chii donde dicen que sucedió el milagro de la roca —continúa Khalid, con expresión seria.

—¿Y qué milagro es ese? —pregunto.

—Se supone que Hazrat Ali, primo del profeta Mahoma, dejó la impresión de su mano en una roca, ahora sagrada. Un milagro,

porque Ali nunca puso un pie en Kabul. Leyendas. Y si Caín fue enterrado aquí o dio nombre a esta ciudad, no es metáfora de nada —añade vehementemente, adelantándose al comentario de Sultán.

—No lo puedes negar. En persa, a los hijos de Adán se les conoce como Cabil y Habil. Cabil, Kabul. No se puede negar.

—Lo que sea, pero en Kabul y en Afganistán no solo existe la guerra. No es hija de un asesino —argumenta por primera vez con ímpetu, pero dirigiéndose a mí porque, de los dos extranjeros que tiene delante, el californiano es insalvable—. Por ejemplo, los dos patronos de Kabul. ¿Sabes quiénes son? —Niego con la cabeza—. Son Ashukhan, el amante, y Arefan, la espiritualidad. ¿Quién se acuerda de ellos? Nadie. Todo tiene que ser siempre macabro. La guerra, la guerra, estoy cansado de la misma historia negra. A veces creo que eso es todo lo que os interesa a los extranjeros —añade, aguantándome la mirada.

Sultán no se atreve a decir palabra y nos quedamos en silencio.

—Bueno... —dice por fin Sultán, pero Khalid le corta las alas.

—Y no es la única. Hay otras leyendas. A mí me gusta la que les contaba a mis hijos cuando eran muy pequeños.

—Por favor... —digo, haciendo un gesto para que la cuente.

—Bueno, es sobre un músico que vivía en una pequeña isla en ese lago —dice, ruborizándose un poco y señalando hacia el Hashmat Kahn—. Un día, cuando estaba tocando su *rubab*, que es un instrumento tradicional afgano, embelesó a un rey que pasaba por el lugar. Como el monarca no podía llegar hasta donde estaba el músico, este hizo construir con *kab*, la hierba amarilla que crece por todas partes, un puente largo o *pul*, en dari, para llegar hasta él. Es decir, *Kab-Pul*. Kabul.

Se vuelve a hacer el silencio.

A lo lejos se escucha el sonido sordo de dos disparos de fusil de asalto. La noche empieza a avanzar a pasos agigantados. Las dos detonaciones me hacen despertar del embobamiento en el que había caído mientras escuchaba a Khalid sacar el carácter.

—Bienvenido a la tierra de Caín —dice Sultán, utilizando la coincidencia de los disparos para mofarse de la situación.

Da un paso hacia la puerta y nos indica con el brazo que salgamos. Lo seguimos y Khalid me pone la mano en la espalda mientras agita la cabeza, resoplando.

—*Saber talkh as laken bar-e shlrin dara* (la paciencia es agria, pero su fruto es dulce) —concluye.